Los Retos de la Educación en el Siglo XXI

Ojeda, M. M.

Los que de forma directa tenemos que ver con el sistema educativo en el país (profesores, administradores o alumnos) estamos ante un gran reto: el de responder a una sociedad inmersa en un proceso de globalización, empujada por un desarrollo vertiginoso de la tecnología, y donde el conocimiento y la información son la clave para diseñar y operar más eficientemente todos los procesos, llámense productivos, sociales, políticos, de gestión, etcétera.

En este marco, los criterios que hacían énfasis en la enseñanza, en la transmisión de saberes, en aquella educación pensada desde la perspectiva de que el maestro enseña y los alumnos aprenden de él, están confinados a la desaparición, aunque por desgracia actualmente sigan siendo los dominantes. Ahora la educación está siendo repensada en sus raíces, en sus fundamentos; como nunca antes, existe entre los especialistas y los administradores de la educación la conciencia de que el sistema tradicional ha fracasado, y que hay que rehacerlo desde sus bases. Se habla de una educación integral, de que los alumnos deben "aprender a aprender"; se habla de aprendizaje participativo, de aprendizaje cooperativo, de aprendizaje por transferencia, de aprendizaje basado en la práctica, en tareas, en proyectos; se habla de aprender a convivir, de aprender a ser; se repite que hay que educar en valores y que hay que formar un individuo consciente de la importancia de su cultura, de sus tradiciones, de su historia y de su medio ambiente.

Los propósitos de la educación se están diversificando; hay una urgente necesidad de vincular la escuela con el aparato productivo, con los problemas sociales, con el sector público y con sus programas. La escena tradicional de un profesor en una aula repleta de estudiantes que copian de lo que él escribe en un pizarrón está cuestionada desde muchas perspectivas; se exige que el programa de cualquier materia esté actualizado, que considere experiencias educativas basadas en una mayor participación del estudiante, en contacto con los problemas reales, relacionando los saberes con los aspectos del entorno, con una valoración de lo local sin dejar de reconocer lo global, lo internacional.

En este sentido, el profesor está pensado como un diseñador y coordinador de actividades, un administrador de un proceso, el del aprendizaje. Por todo esto, el aula será cada vez más, en esta reforma que apenas empieza, un punto de pocos encuentros, de poco tiempo, de poco uso. Y es que también la tecnología de las comunicaciones y el *internet* están influyendo; ya podemos encontrar profesores, sobre todo en la educación superior, que administran su curso a través del web; allí está el programa, allí están las lecciones, allí hay bancos de reactivos, ejercicios y prácticas, además de que el profesor está disponible para las dudas y los comentarios, claro a través del correo electrónico.

Sin embargo, se vale soñar pero no hay que dejar de resaltar la realidad: la educación tiene el principal reto de ampliar su cobertura; no es posible que sólo alrededor de dos de cada diez mexicanos en edad de estudiar en el sistema superior lo estén haciendo.

Sabemos que de los ocho restantes uno es analfabeta y tres llegaron sólo hasta preparatoria. Esta realidad, todavía debe ser matizada con los datos relativos a la calidad de la educación: muchísimos mexicanos terminan sus estudios primarios sin tener las mínimas habilidades de lectura y escritura; no saben leer y escribir; hay

una proporción muy alta de universitarios que no tienen las competencias para comunicarse por escrito y, por supuesto, no son lectores.

Respecto a los profesores, encontramos un gran reto: el de dignificar y profesionalizar la actividad docente. No se puede seguir pensando ésta como una labor a destajo; hay que entender que el profesor es un agente fundamental en el proceso de formación de las nuevas generaciones; tenemos que aceptar que la formación de los cientos de miles de profesores debe actualizarse y consolidarse; debemos sembrar una nueva cultura en el magisterio, que tendrá que dejar de ser un instrumento corporativo de fines electorales, para irse transformando en un gremio vanguardista.

El asunto del incremento de la cobertura y la calidad en el sistema educativo tiene múltiples dimensiones; el principal es el de la orientación de mayores recursos, y aunque en los discursos de los políticos en campaña este es siempre un tema que se trata con un compromiso de elevar la proporción de la inversión del Estado en este rubro, la verdad y las estadísticas muestran que hay bastante demagogia. Aunque no hay que dejar de valorar una serie de programas federales con fondos extraordinarios que han producido algún impacto, tanto en la educación básica como en la educación media superior y superior. Tales programas, como el de carrera docente, el de fomento a la modernización de la educación superior (*fomes*), los de mejora del rendimiento y disminución de la deserción en la educación básica, etc., tienen el propósito de inducir la mejora de indicadores de calidad a través de planes y acciones con objetivos y metas muy precisas. En esta modalidad de apoyo es posible evaluar los impactos en diferentes ámbitos.

En el sistema de educación pública superior, además del fomes y el programa de estímulos a la productividad académica, se cuenta con un programa de mejoramiento del profesorado (*promep*), el cual está construido sobre la base de un diagnóstico que destaca los bajos niveles de integración y desarrollo de los cuerpos académicos que soportan el sistema de educación superior pública. El *promep* ha inducido la planeación del desarrollo académico en las instituciones de educación superior (*ies*) que han convenido participar; los fondos de este programa se están orientando a la formación de alto nivel de los profesores y al apoyo al desarrollo de los cuerpos académicos de las *ies.*

En este sentido se induce también una planeación estratégica con una visión de mediano y largo plazo, que pretende lograr la profesionalización y la excelencia académica como una base necesaria para garantizar la calidad de la educación superior. Sin embargo, en la base académica persiste una cultura premoderna; la mayoría de los académicos aún se encuentran sin vislumbrar los retos que están ya aquí. En este sentido, los fondos invertidos pueden encontrar sustratos de profesores, estudiantes y directivos que ven los recursos como un fin, y no como el medio necesario para mejorar el sistema.

Por otro lado, los administradores del sistema educativo se enfrentan a una cultura tradicional que no está entendiendo que la educación está sometida a exigencias de cambio: se requiere, por supuesto, un estudiante distinto, que vea en la educación la oportunidad para formarse y decidir su destino como un ciudadano con grandes responsabilidades; ya no es posible pensar que el egreso de una carrera garantiza un empleo y conlleva la promoción social; ahora el reto es egresar bien preparado, teniendo los elementos para desarrollarse profesionalmente y estar habilitado para aprender de por vida; sólo teniendo la formación integral será posible diseñar e implantar una estrategia para incorporarse exitosamente a esta nueva sociedad, a este nuevo sistema social.

Por otro lado, los profesores en todos los niveles debemos asumir mayores responsabilidades y tenemos que ser más efectivos en la labor de formar a las nuevas generaciones. Indudablemente lo primero es tener conciencia de los retos que la reforma educativa nos plantea. A partir de esta claridad podremos diseñar y conducir una estrategia que nos permita mejorar y cambiar nuestros procedimientos y adecuar la organización académica a los nuevos reclamos; tendremos que participar más activamente de una forma propositiva, en equipo con nuestros compañeros, con nuestros directivos, para adecuar los modelos, los métodos, para incorporar la tecnología y para reorganizar nuestro tiempo y las funciones que debemos desempañar. No hay duda de que podemos rediseñar el sistema haciéndolo más eficiente y efectivo, incluso incrementando la cobertura, con una optimización de los recursos.

Para los directivos y administradores, incluyendo las organizaciones gremiales, urge un cambio de cultura. El sistema que compartimos requiere nuevas formas de gestión, hay que garantizar la participación comprometida de todos los actores, pero no debemos olvidar la mejora de los resultados y la rendición permanente de cuentas. Es imprescindible tener siempre presente que nuestro sistema político ha cambiado, y que las formas y métodos de hacer política cada día se dignificarán más y tenderán a minimizar las componendas y la corrupción.

El sistema educativo creció de manera geométrica en la década de los setenta. Este crecimiento se desaceleró en los ochenta y noventa, pero indudablemente no respondió a una planeación cuyo objetivo fuese la mayor cobertura con garantía de calidad; la crisis de la educación en la década de los noventa es simplemente una consecuencia anticipada. Este hecho sencillo de entender desde el punto de vista del análisis histórico, se constituye en un gran reto para todos los que ahora compartimos la responsabilidad de someter este complejo de interacciones, subsistemas y elementos, a una reingeniería. No hay otra forma que renovar nuestra visión, tener claras nuestras debilidades y fortalezas, tener conciencia de nuestros retos, diseñar e implantar cuidadosamente las estrategias, siempre buscando la mayor participación de los actores, y evaluando, en todo momento, los resultados de las acciones y de los programas.

Lecturas recomendadas para ampliar el tema:

anuies 2000, *Acciones de Transformación de las Universidades Públicas Mexicanas*, anuies, 1994-1999

Gacel-Avila, J. I*nternacionalización de la Educación Superior en América Latina y el Caribe*: Reflexiones y Lineamientos, oui-ampei-Ford Foundation, Guadalajara, México, 1999

Guevara-Niebla, G., *Agenda Educación 2001*, Edit. Santillana, México, 1998

Jones, G. R. *Cyberschools: An Education Renaissance, Jones* Digital Century, Englewood, co, usa.1997

Prawda, J. *Logros, Inequidades y Retos del Futuro del Sistema Educativo Mexicano*. Grijalbo, México, 1989

Rugarcía-Torres, A., *¿Por qué no leen los estudiantes?* Ciencia y Desarrollo, 15 (14), 46-53, 1999

Zorrilla, J. F., *Quality assessment in mexican higher education*. Higher Education Management, 10 (3), 57-71, 1998